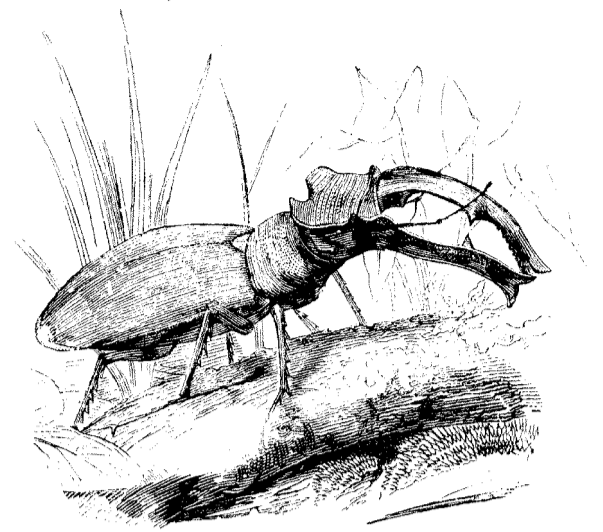


TOCAR EL HIELO

De Pablo Messiez



Muchos años después, frente a la mujer de la librería, diría: “Necesito Cien años de soledad” y ambos se sonreirían sin agregar comentarios, por suerte. La librera le traería un ejemplar de bolsillo, con una portada de un atardecer selvático con aves en vuelo, muro colonial y cielo oxidado. Un cliché de imagen con voluntad de decir: “latinoamericano”, “clásico” y “realismo mágico” todo a la vez.

Ahora, en cambio, la portada que tiene entre sus manos es bastante más bella. El libro blanco y gordo con sus formas octogonales azules y sus símbolos misteriosos. El que habían leído sus padres y que ahora leerá él, para sentirse mayor. Hace poco había terminado otro libro del mismo autor. Pero si a este llegaba por elección, lo del otro había sido por azar. Venía incluido en una colección que salía cada semana, de unos volúmenes azules con detalles en dorado y con el título legitimador de “Los Premios Nobel”. Cada martes su abuelo le traía puntualmente el nuevo ejemplar que él iba acomodando en la estantería para cuando se atreviera con ellos, tan oscuros, tan gordos, tan de adultos.

Hasta que un día se detuvo en La hojarasca, cuya modesta delgadez hizo que se atreviera a abrirlo como si fuera a leerlo, como si hubiera crecido de golpe. “Por primera vez he visto un cadáver” decía un niño desde la primera página, y él, que aún no había visto ninguno, ya no pudo dejar de leer. Aquella novela breve le descubrió el gusto por la lectura y la conciencia acerca de que ningún punto de vista puede abarcar la inmensidad de la vida. Escribir, entonces, se revelaba como una tarea imposible. Esa idea le dio un vértigo raro, como si se hubiera asomado a un abismo dulce. Quiso más. Por eso pidió a sus padres “Cien años de soledad”, y ellos no se sonrieron ni comentaron nada. Por suerte. También por eso está ahora sentado en el suelo verde de su cuarto, apoyado contra el borde de la cama, a punto de abrir el libro.

Muchos años después olvidará prácticamente todo lo que está a punto de leer ahora. Quedarán solo 3 recuerdos: el nombre de Aureliano Buendía, unas mariposas en una tumba, y una tenue sensación de haber disfrutado aquella lectura ya sepultada como el hombre de las mariposas.

Ahora en cambio se detiene en la letra “e” de la “soledad” del título impreso en la tapa, y se pregunta si estará dada vuelta para mirar a la ele, para dar la espalda a la de, o para ambas cosas a la vez. Abre el libro. Lee: “Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo.” La primera frase lo desanima un poco. Aureliano Buendía parece nombre de personaje de cuento para niños y él quiere leer algo de grandes. Por otra parte, le causa cierto rechazo descubrir que la novela va sobre la vida de un coronel

ya que a su curiosidad poco y nada le importan esas vidas.

Muchos años después pensará que tal vez por eso la ha olvidado. Aunque ahora no lo sepa, con el tiempo descubrirá que le gustan los hombres. Y que prefiere las novelas cuya mirada sobre el mundo estén atravesadas por ese otro modo del deseo.

Nunca se lo contará a nadie, por pudor, pero aunque lo intente, tenderá a abandonar las novelas escritas por varones heterosexuales contemporáneos. “Con todo lo que hay para leer”, se dirá, “paso de detenerme en el regodeo inconsciente de tu privilegio.” Y dejará el libro en cuestión diciéndose que es de una “heterosexualidad rabiosa”, para volver a la fiesta de Puig.

Ahora, sin embargo, no piensa en sus deseos sexuales, ni en los del autor. Y lee: “El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre”. Piensa que hasta hace no tanto, en su mundo, tampoco había nombres. Intenta recordar cómo habrá sido mirar sin palabras. Ahora que todo lo que veía era todo lo que podía nombrar, pensaba en cómo sería mirar antes. Y en si la humanidad habría salido ganando o perdiendo al tomar distancia del mundo con el lenguaje. Muchos años después, seguiría con la misma pregunta, y escribiría “Nombrar es imposible. Y puede ser bello intentar lo imposible.

Pero cada vez que hablamos, algo queda fuera de los nombres. Cada palabra omite la única parte única de aquello que quiere decir. Nombrar es olvidar.”

“La cosas tienen vida propia”, lee ahora. Y piensa en sus cosas. En las que lo rodean ahora mismo en su soledad, que tiene mucho menos de cien años, y se dice “ojalá”.

Muchos años después se dedicará a dirigir teatro para estar menos solo. Y en una obra que montará, una actriz maravillosa enterrada hasta la cintura en una montaña de escombros dirá “¡Las cosas tienen una vida!” y él pensará que sí, que es cierto.

Pero ahora sigue leyendo, imaginando Macondo y sus gentes, según avanza con José Arcadio por la selva hasta llegar al mar, “ese mar de color ceniza, espumoso y sucio” que le recuerda al mar que él mismo ya conoce de los veranos familiares en Santa Teresita. Muchos años después descubriría que el mar podía ser azul, y celeste, y turquesa. Se bañaría sin miedo entre peces del mediterráneo pero recordaría con nostalgia inexplicable aquél otro mar de Buenos Aires, marrón como un río.

En este presente en el que lee, imagina que en el futuro será director de cine. Pero ya sabemos que se equivoca y que será el teatro su actividad de cada día. En unos pocos

años verá a Graciela Dufau en el escenario del Cervantes de Buenos Aires haciendo un monólogo escrito especialmente para ella por el autor del libro que ahora está leyendo. El título de la obra será larguísimo y comenzará por la palabra “diatriba” que él tendrá que buscar en el diccionario, y que le resultará hermosa. Irá a ver el espectáculo más por conocer el teatro del novelista, que por la presencia de aquella actriz, cuyo talento no había sabido apreciar hasta aquél día, tal vez por resentimiento de clase. Sin embargo, encontrará aquella actuación misteriosa y fascinante, de esas que, cumpliendo con el anhelo del teatro, marcan para siempre la memoria. Muchos años después aún recordará cómo, en un momento de la función, la Dufau dejaba caer un pequeño cofre al suelo, que en vez de provocar estruendo desaparecía sin hacer ruido alguno por una trampa invisible para los espectadores. Este modo de defraudar lo que se espera y aún así suscitar deseo será todo lo que buscará en las obras que vea y haga en el futuro. El teatro como reino del presente, siempre incapturable, siempre imprevisible, deseando siempre que no acabe, que no acabe, que no acabe...

“Diles que vengan a ayudarme a sacar las cosas de los cajones” lee ahora que le dice José Arcadio a Úrsula concediéndole el deseo de ocuparse de sus hijos, habiendo tomado por fin la decisión de quedarse. Muchos años después él, en cambio, optará por irse. Se irá lejos de su casa y de su gente sin terminar de comprender por qué lo haría mientras lo hacía. Y sin embargo, deseando que en el algún lugar todavía desconocido para él, estuviera escondida la razón misteriosa, como el hielo en el cofre que tocará Aureliano al final del capítulo.

Se olvidará de todo, de casi todo lo que tan atentamente está leyendo ahora. Se olvidará de historias y razones. Olvidará lo banal y lo importante. Y quedarán en cambio algunas cosas, por azar, por miedo o sin motivo, atadas para siempre en la memoria. Como esa caja pequeña cayendo sin sonido, en la inmensidad muda del teatro aquella tarde.

Muchos años después, cuando esté cerca de cumplir 50, pensará que todos los años habían sido -serán, son siempre- también, años de soledad. Por más amor que haya, por más gente, ahí está y estará siempre la constante soledad primera. Y que es ella, será ella, quien se guarde los recuerdos y el olvido. ¿Cuál será, pensará entonces, su hielo? Aquél último recuerdo que sin razón aparente lo visite, quién sabe si muchos o pocos años después, en el último instante del último día, de su último año de soledad.

Pablo Messiez
Madrid, junio de 2023

Pablo Messiez (Argentina). Es actor, autor y director de teatro. Desde el año 2009 vive y trabaja en Madrid. Entre sus textos se destacan “Los ojos”, “Las Canciones”, “Todo el tiempo del mundo” o “La voluntad de creer”, este último trabajo ganó los premios Max y Godot. Además de obras de su autoría, ha puesto en

escena textos de Beckett, García Lorca o Genet, entre otros. Ha publicado todos sus textos, editados por Continta Me Tienes. Actualmente escribe “Los gestos” para el Centro Dramático Nacional.